

Las dos vidas de Samuel Taylor Coleridge: un retrato¹

Jordi Doce

Cualquier relato de la vida de Samuel Taylor Coleridge debe enfrentarse, tarde o temprano, a la percepción universal del poeta como un joven prodigio que dilapidó su talento y su energía en las ciénagas del opio y la indolencia. El mito sentimental de la juventud traicionada tiene en Coleridge uno de sus más reputados exponentes, aunque en su caso la tentación fatal no fue el conservadurismo político o el afán de respetabilidad (que tanto daño hicieron a la reputación de sus amigos Robert Southey y William Wordsworth), sino un carácter caprichoso y una inclinación a la idolatría y la dependencia. Son ya legión los análisis que dividen la existencia del escritor en dos mitades contrapuestas, una fértil en promesas y realizaciones, la otra plagada de decepciones y fracasos. El propio Coleridge contribuyó a esta percepción, retratándose en numerosos poemas y artículos como un naufrago o un barco a la deriva, incapaz de hacer realidad las esperanzas que sus amigos habían depositado en él. Es un autorretrato que coincide en buena medida con las descripciones de muchos de sus contemporáneos, y no en vano tiene uno la impresión de que Coleridge otorgó una importancia demoledora al juicio negativo de sus amigos, como si hubiera querido honrarlos o hacerse perdonar por ellos cuando más hundido estaba en su soledad. El suceso generalmente admitido por los críticos como el inicio del fin es la publicación a mediados de 1802 de «Dejection: An Ode» («Abati-

¹ A la hora de escribir este ensayo, se han consultado las siguientes fuentes:
Samuel Coleridge, Biographia Literaria, edición de Nigel Leask, Dent, Londres, 1965.
Samuel Coleridge, The Complete Poems, edición de William Keach, Penguin, Harmondsworth, 1997.
Norman Furman, «Quizzing the World by Lies», TLS (30 abril 1999), pp.14-15.
Northrop Frye, «Blake's Treatment of the Archetype», Blake's Poetry and Designs, Norton, New York, 1979.
Steven Gill, William Wordsworth: A Life, Oxford University Press, Oxford, 1989.
Richard Holmes, Coleridge: Early Visions, Harper & Collins, Londres, 1998 (1989), tercera edición.
Richard Holmes, Coleridge: Darker Reflections, Harper & Collins, Londres, 1998.
Thomas de Quincey, Recollections of the Lakes and the Lake Poets, edición de David Wright, Penguin, Harmondsworth, 1988 (1970), quinta reimpression.
Ricardo Silva-Santisteban, La música de la humanidad, Tusquets, Barcelona, 1993.
Todas las citas incorporadas a este ensayo han sido traducidas por el autor.

miento: Una Oda»), donde Coleridge explora por vez primera los sentimientos de incomunicación y desesperanza que atenazan su trabajo intelectual. Tiene sólo treinta años, pero el tono es ya el de alguien exasperado por la angustia: «Mi ánimo decae;/ ¿y de qué me valdría/ para librar mi pecho de una carga agobiante?». El opio, compañero habitual de sus noches, empieza a envenenar su percepción de la realidad y a estorbar su trabajo, y su amor no correspondido por Sara Hutchinson (la «Asra» de sus poemas amorosos) lo enemista con los Wordsworth y anima su búsqueda febril de protectores, que es como decir de afectos y de hogares. Entre 1810 y 1815, Coleridge cambia no menos de quince veces de residencia, llevado por un deseo irresistible de renovación y pureza: sus días se convierten en un ir y venir incesante entre familias y ciudades, en un intento por huir del peso del presente y emprender una nueva vida, sabedor a su pesar de que la vida está en él, que lo que amarga su existencia es lo que la ilumina, que las dos caras de su destino son inseparables. La repugnancia hacia el presente que imanta sus pasos es en realidad repugnancia hacia sí mismo, llevada al paroxismo cuando las dolencias causadas por el opio alteran sus entrañas y engordan sus facciones. Que la debilidad del cuerpo traicionara a alguien tan entregado a su mente no deja de ser una ironía (cruel o instructiva, según el humor), y él mismo explora en sus cuadernos esta disfunción, fascinado por la distancia entre sus miserias corporales y la fulgente ingravidez de sus ideas. Porque ideas no le faltan. La cuestión es darles forma, ordenarlas, entretejerlas en un solo tapiz argumental. Nadie, ni tan siquiera él, duda de su genio, pero nadie confía ya en sus declaraciones de buen comportamiento, nadie lo cree capaz de sobreponerse a su adicción y rendir los frutos prometidos. Sus mejores obras, exceptuando algún poema de juventud, son vistas como fragmentos, textos inacabados, astillas de una mente dispersa en mil tareas, entorpecida por la prisa y la ansiedad: son frutos prematuros, recogidos antes de tiempo, productos inmaduros de una mente inmadura, y en ningún caso dignos de la conversación de su autor, capaz de fascinar a las mentes más lúcidas de su época.

Ésta es, a grandes rasgos, la versión romántica de su vida, y no es fácil hacer la cuenta de los relatos y testimonios de sus contemporáneos que la corroboran. La lista de literatos fascinados por Coleridge es amplia y plagada de nombres ilustres: Robert Southey, William y Dorothy Wordsworth, Humphrey Davy, William Hazlitt, Charles Lamb, Thomas De Quincey, William Godwin... Todos ellos se obligaron en algún momento a recordar por escrito el impacto que Coleridge tuvo en sus vidas, sospechando tal vez que la posteridad agradecería su concurso. Para Hazlitt y De Quincey, tímidos y huraños, el joven escritor tuvo algo de santón, de figura cuasidi-

vina a la que intentarían derrocar años después con la fiereza del converso o el arrepentido, De Quincey acusándolo de plagiarlo, Hazlitt reprochándole con violencia su presunta traición a los ideales jacobinos. Godwin, cuyo ideario tanto influyó en la primera generación romántica, lo describió como «una de las cuatro personas que más han hecho por moldear mi espíritu», y albergó durante años el proyecto de escribir un ensayo biográfico que explicara la naturaleza exacta de las virtudes y defectos de su carácter. Southey recordó siempre su primer y temprano encuentro con Coleridge como uno de los sucesos fundacionales de su vida, a pesar de la mezcla de irritación y sorna impaciente con que pareció recibir cada una de las decisiones de su amigo: juntos compartían un pasado de indignación revolucionaria y el proyecto jamás cumplido de fundar una comuna en Norteamérica. Y aunque Southey nunca llegó a entender del todo a Coleridge (su metódica diligencia se avenía mal con el temperamento voluble de nuestro poeta), no cabe dudar de su afecto, su preocupación y su ayuda. Charles Lamb, por el contrario, parece haber sido el único en comprender y perdonar cada uno de los actos de su amigo, y sus palabras de ánimo y sustento acompañan a Coleridge a lo largo de mil vicisitudes: fue Lamb un amigo generoso y constante, y tal vez su lector más perspicaz, quien mejor entrevió las posibilidades expresivas de los poemas conversacionales, animando a Coleridge a que dejara de lado el decoro dieciochesco y explorara con más detalle el mundo fantasmal y enigmático de su imaginación. Algo sabía Lamb de desmanes emocionales (su hermana Mary había matado en un raptó de locura a su madre), y la melancolía amable y crepuscular que tiñe muchos de sus artículos resuena con ecos de «Christabel» o «The Ancient Mariner», poemas que debían recordarle los dramas shakesperianos a los que era tan aficionado.

Sin embargo, el amigo por excelencia de Coleridge fue Wordsworth. Juntos han ingresado en la posteridad como autores de un volumen legendario, *Baladas líricas* (la primera edición es de 1798), y juntos perviven en la memoria como caras de una misma moneda: son la noche y el día, los contrarios que se atraen, los amigos que completan lo que falta en el otro. Frente al pulso de veleta de Coleridge, Wordsworth es la roca, el cimiento. Si Coleridge ejemplifica los peligros de un entusiasmo gaseoso, Wordsworth exhibe la firmeza productiva del escéptico. Uno es dado al ensueño y la especulación filosófica; el otro, a la mirada objetiva y la certeza indiscutible. La leyenda exagera, sin duda, y es evidente, al menos al principio, que la amistad necesitó de un equilibrio de fuerzas. Ambos veían en el otro un reflejo desenfocado de sí mismos, basado no sólo en la comunión de sus intereses literarios sino también en una lectura similar de la más inmediata

historia política europea. El relato de sus correrías por las colinas de Quantock, en los alrededores de Bristol, provoca inmediatamente la sonrisa cómplice, y es uno de los pocos momentos en los que Wordsworth aparece ante el lector como una figura cordial, simpática, despojada del orgullo y egocentrismo que oscurecieron su madurez. Sin duda, la alegría de haber encontrado un «alma gemela» tuvo su efecto en el callado y reservado norteño: uno lo sorprende incluso riéndose y hablando animadamente de filosofía, algo que no acaba de cuadrar con la imagen de patriarca de las letras victorianas que el tiempo nos ha legado. Hay un dato significativo al respecto de estos primeros meses de amistad en Quantock Hills, y es que si Coleridge escribió entonces algunos de sus poemas más memorables, desde «This Lime-Tree Bower My Prison» a «Frost at Midnight», en los que es patente la influencia de Wordsworth, éste tardaría un par de años en dar acomodo a las ideas y estímulos de su amigo. Esto se debe a la distinta naturaleza de sus temperamentos poéticos: Coleridge encontró en Wordsworth a un poeta de aliento narrativo que frenaba su tendencia a la abstracción lujosa y la vaguedad meditativa. Pero Wordsworth necesitaba más tiempo para incorporar a sus poemas las preocupaciones filosóficas que habían ocupado sus paseos y conversaciones, y que dejarían su impronta en el estilo y forma final de *El Preludio*. En realidad, el mero hecho de que Wordsworth llegara a acumular tres versiones diferentes de este largo poema autobiográfico, es prueba más que suficiente de que nunca tuvo muy clara su concepción y desarrollo. Abundan las cartas en las que Wordsworth le pide e incluso exige a Coleridge que viaje a Grasmere para ayudarlo en su escritura, confesando estar perdido sin el consejo y la guía de su amigo filósofo. Wordsworth, curiosamente, no parece haber tenido problemas en poner su experiencia vital y su habilidad técnica al servicio de un armazón ideológico en buena parte ajeno. Pero más curioso aún es que Coleridge tampoco se planteó ningún problema: no en vano, como confesó en carta a un amigo, «el poeta» era Wordsworth, y era su obligación ayudar en lo posible al florecimiento de una sensibilidad poética «equiparable a la de Milton». De nuevo, es difícil separar la convicción propia de la ajena, y uno se pregunta si los ocasionales y violentos raptos de autocrítica de nuestro poeta no arrancaron muchas veces de comentarios previos de Wordsworth, entre cuyas virtudes no destacaba precisamente la generosidad de juicio.

Se ha dicho a menudo que Wordsworth y Coleridge se refugiaron en la poesía con el mismo fervor religioso con que antes se habían dedicado a la política. Esto es una verdad a medias, o tal vez más verdad en el caso de Wordsworth, pues Coleridge no dejó nunca de interesarse por la vida política inglesa, a la que dedicó algunas de sus páginas más mordaces. Lo que